

1-194 1  
Algunas observaciones sueltas. ("Vida

Nueva", Madrid, año II, n.º 72 - 22 octubre 1899).

Vida Nueva, año II, n.º 72 - 22 Oct. 899

Algunas observaciones sueltas

SOBRE LA ACTUAL CULTURA ESPAÑOLA.

Sería cosa de nunca acabar si me pusiera á divagar aquí, en libre cháchara acerca del estado actual de la cultura é incultura españolas, ó, mejor dicho, de la cultura de nuestra incultura. Como la materia es tan redundante que desborda de todo envase lógico, prefiero dar una ristra de reflexiones sueltas sobre ella, una verdadera sarta sin cuerda.

El hecho es desconsolador, pero cualquiera diría, en vista de lo que por aquí se dice y se hace como que se piensa, que son cosas contrapuestas, y que crecen y decrecen en razón inversa, el escribir en castellano neto y el pensar en europeo contemporáneo. A medida que más se ponen los puntos sobre las 'es, hilándose más delgado en todo eso de los barbarismos y solecismos y en todo lo que tenga mote en los manuales de gramática y de retórica, con más desprecio, expreso ó tácito, se habla de la vana ciencia moderna, y más necias cuchufletas se oyen á cuenta de los más vigorosos pensadores de nuestro siglo. El tratar á tal de éstos de bicho estafalario, y el no perder de vista cuándo debe decirse *ocuparse en* y cuándo *ocuparse de*, frutos son de la misma oleada de savia.

Digno es también de tenerse en cuenta el hecho significativo de que el más celebrado y virulento dómine decasticismo cortical, sea un reaccionario antieuropeo de tomo y lomo, un hombre que, dedicado al estudio formal de nuestra lengua, apenas se ha enterado aún de lo que sea la lingüística moderna, y hay que tomar en razón también lo de que sean por lo común los más urrimados á la cola en cuestión de doctrinas los más puristas, en la intención, en cuanto escriben.

Llamo la atención hacia este recrudescimiento del purismo casticista meramente formal, por ser el síntoma de una verdadera anemia de ideas vivas y modernas. Aunque velado por los miopes de espíritu, nótese en nuestras *clases directoras* un íntimo desprecio hacia las corrientes modernas europeas. Nuestra literatura científica apenas produce más que refutaciones de la letra pasada y muerta ya de tal ó cual doctrina, cuyo espíritu está en corriente curso de vida donde quiera que se piense con libre seriedad. Fuera de esto, tal cual *peralada* ó *noerlehesomada*, ó alguna pentanomía pan-



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

15.2/235



tanómica como la del difunto marqués de Seoane ó las de Letamendi. Y cuando alguien va al extranjero en busca de novedades, apenas acierta á traernos más que bisutería literaria, juguetes de última moda y extractos de revistas.

Enseñándole á un marroquí un tren de vapor, preguntó para qué servía, y como, al decirle que para llegar á un punto lo más pronto posible, y responder él que también en camello se llega, se le objetara que éste tarda mucho más tiempo, hubo de replicar el marroquí: «En camello tardas ocho días, en tren ocho horas. ¡Bueno! Llegas en tren en las ocho horas; y luego, ¿qué haces?» Esta es nuestra filosofía, la del marroquí. Llegamos á la cultura europea. ¡Bueno! Y luego, ¿qué hacemos en ella? ¡Para lo que dura la vida!

Pocos pueblos hay, en efecto, más salomónicos que el español; su filosofía es la del Eclesiastés. Tal pelo vamos echando con ella.

Los chinos descan los adelantos materiales de la vieja Europa, sus procedimientos técnicos industriales, las aplicaciones de la mecánica, la química y la física toda; y, fuera de esto, despreciando la filosofía, el arte, la literatura, la íntima cultura europea. Sólo quieren de Europa la civilización, lo externo. Quieren

nuestra artillería, nuestros armamentos, nuestra organización militar, pero desdeñando el alma de nuestros ejércitos. Y los japoneses, por el contrario, ansían europeizarse por completo, en lo íntimo. Tal es la razón de la soberana paliza que han dado los japoneses á los chinos.

Merciámos que algún Japón de por acá nos diera una buena somanta, á nosotros, á los chinos (ó marroquíes) de Europa, á ver si abríamos los ojos y veíamos de una vez que de nada sirve traer los adelantos técnicos de la ciencia moderna sino traemos el alma de ésta, contra la cual se pelea aquí denodadamente.

Hay quienes se consuelan de nuestra incultura y decadencia presentes evocando nuestra vieja historia y la ciencia española de los pasados siglos, y esto aun después de haber demostrado el Sr. Menéndez y Pelayo que no ha habido semejante ciencia.

Es nuestro pueblo histórico demasiado dogmático para ser científico. Engañanos una aparente receptividad y una ilusoria prontitud en el entender (no en el comprender), receptividad y prontitud que no pasan de cierta destreza de tragaderas mentales para engullirnos las almendras con cáscara y todo, á trueque de expelerlas luego tal y como entraron. ¡Buenas tragaderas! ¡Claro está! Como hechas á comulgar con ruedas de molino. Como en general nada se mastica, nada se digiere; todo pasa á modo de pildora, y mejor si





viene castizamente azucarada. Cuando algo no se comprende á las primeras de cambio, se dice que es krausismo, lo mismo que en apartadas tierras del interior llaman gabacho á todo el que hable una lengua cualquiera extranjera, pues para sus oídos todas les sueñan á no cristiano.

La gente que da el tono á la sociedad histórica española de hoy es de lo más infilosófico é irreligioso que cabe. Basta decir que pasó como filósofo el difunto Fr. Zeferino González, de cuya infilosofía más vale no hablar, y que se tiende á hermanar lo que llaman religión con lo que llaman patriotismo. En un país en que se escriben tantas refutaciones del transformismo y en que los obispos excitan á los hombres á la mantanza, ni hay filosofía, ni religión, ni cosa que lo valga, ni es ese el camino.

En ninguna parte han arraigado mejor que aquí las librescas vaciedades del llamado integrista, y todo eso del reinado social de Jesucristo, que es una frase socorrida que no la entiende ni el que la inventó.

No es de la juventud escolar de la que hay que esperar el remedio. Nuestros centros de enseñanza no sirven más que para hacer aborrecer el estudio; reina y gobierna en ellos, cual soberana señora, la rutina; son sus aulas, por lo común, abrevaderos de ramploñería y de insipienza tradicionales. Y, fuera de los cursos oficiales, apenas se apacientan nuestros estudiantes de otra cosa más que de las ñoñas fruslerías de los semanarios cómicos y de las revistas ilustradas, fruslerías que delatan la ingeniosidad meramente superficial de la incultura, que se simboliza, sobre todo, en el estúpido juego de palabras, y fruslerías que llevan siempre como último fondo el sedimento de todas las más viejas preocupaciones nacionales.

Aquí no hay vivo de verdad más que el pueblo que no bulle, el que no mete ruido en la Prensa, el que no va á las manifestaciones de bullanga, el que trabaja y espera y tiene fe en su redención. Es el único que tiene verdadera hambre y sed de saber y de instruirse, porque es el único que posee el verdadero principio de la sabiduría, que es saber ignorar. Y cuando este pueblo pide pan, le dan piedras, y no se hartan las *clases directoras* de elogiarle su brutalidad y de llamarle heroico, entendiendo por heroísmo el lanzarse á ojos cerrados y sin conciencia del fin á donde el amo azuza. Le alaban, sí, como se da palmadas en el lomo de la mula de carga.

¡Carne y ciencia! Es lo que necesita.

MIGUEL DE UNAMUNO.

